



San Juan Bautista Scalabrini
(1839-1905)

Padre de los Migrantes

Postulación General

**San Juan Bautista
Scalabrini**
Padre de los Migrantes

**Misioneros de San Carlos – Scalabrinianos
Bogotá, D.C. – octubre 2022**

Título Original: Scalabrini Santo – Subsidio para la Oración
Autor: Postulación General
Editor: P. Quyen Phan Ba, c.s.

Publicado por: Misioneros de San Carlos – Scalabrinianos
Cel: 321 347 1792
Dirección: Calle 56Bis #35-47, barrio Nicolás de Federmán
Bogotá, D.C. – Colombia

Impreso en Colombia
Todos los derechos reservados

ÍNDICE

Mensaje de San Juan Bautista Scalabrini a los primeros Misioneros en las Américas	5
Introducción	7
Juan Bautista Scalabrini	8
La actualidad de J. B. Scalabrini.....	10
De los Escritos De J.B. Scalabrini.....	12
Salmos del Peregrino*	20
Páginas Bíblicas para la Meditación	28
Oraciones para Diversas Circunstancias	37
Triduo/Novena a San Juan Bautista Scalabrini	50

Mensaje de San Juan Bautista Scalabrini a los primeros Misioneros en las Américas

(...) Gracias a Dios, nuestra humilde Congregación puede consolidarse de manera que puede ganarse el amor de los buenos y la simpatía de los honestos de cada partido. Vuestro celo, ¡Oh, mis queridos y venerables hermanos! Teniendo presente las inmensas dificultades que encontrasteis en el inicio, verdaderamente hizo prodigios (...)

Pero no es suficiente haber iniciado bien; es necesario perseverar hasta el fin. Mucho más es lo que falta por hacer, ¡Oh mis queridos! Sois todavía pocos, para las necesidades, yo sé, pero, aunque pocos, podéis mucho, cuando sois animados todos por el Espíritu, con que eran animados los Apóstoles; cuando sois todos bien compenetrados de la importancia y sublimidad de vuestra vocación. (...)

A su llamado, ¡Oh queridos!, habéis respondido. Habéis hecho bien, pero no basta, repito: es necesario que este bien sea duradero, produzcan frutos y que vuestros frutos permanezcan.

¿Qué se requiere para que el sarmiento produzca frutos? Que permanezca unido a la vid. Ahora, la vid es Jesús y los sarmientos, oh queridos, sois vosotros. “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”, Él mismo lo dijo.

Por lo tanto, en cuanto permanezcan en Él, os sentiréis repletos de energía sobrehumana y el fruto que traeréis será abundante y duradero. Todo os será fácil, también delante de las más graves contradicciones. Al contrario, separados de Él, os volveréis como cuerpo sin alma, estériles de toda obra buena. Seréis como ramos, aptos solo para ser lanzados al fuego. “Sin mí nada podéis hacer”.

Por lo tanto, unión, Oh mis queridos hermanos e hijos, unión con Jesucristo, ante todo. Y esta unión la conseguiréis, alimentado en vosotros la fe, con ejercicios continuos de piedad y conservando viva en vuestro corazón la gracia.

Fruto de tal unión será la unión entre vosotros mismos, aquella unión que Jesucristo invocaba tan ardientemente para sus discípulos y que es tan necesaria.

Ninguna clase de hombres, por más rico de fuerzas individuales que sea, si no se sujeta a la gran ley de la unidad, podrá nunca hacer

grandes cosas, y mucho menos podrán los misioneros que, obrando sobre las almas, como simples instrumentos de Jesucristo, extraen de este soberano principio toda su eficacia.

Por eso os exhorto, mis queridos hijos, les suplico por el amor de Jesucristo y por el bien de nuestros hermanos, de no disgregar sus fuerzas empleándolas cada uno por su cuenta, y sin tora guía que la propia voluntad: sino de estar unidos como una sola cosa, “que sean uno”.

Unidos de pensamiento, de afectos, de aspiraciones, como unidos por un mismo fin: Os ruego hermanos, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo sean unánimes en el hablar y que no halla entre vosotros separación: sed perfectos en todo sentido y en toda sentencia.

Y ¿Cómo podréis conseguir esto? Con toda humildad, mansedumbre y con paciencia soportándoos, unos a los otros en la caridad.

Por tanto, ¡lejos de los misioneros los celos vanos, las palabras injuriosas, las contiendas y las competiciones! Cada uno sea calmo y tolerante en el cumplimiento de los propios deberes, cada uno se compadezca de los defectos del otro, cada uno procure conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.

Paz, oh mis queridos, no solamente entre vosotros, también con los hermanos en el ministerio (...)

Pero no es posible obtener paz sin orden, sin regla. Y vosotros, mis hermanos e hijos tenéis vuestras reglas aprobadas por la Santa Sede. Sed exactos hasta el escrúpulo, en la observancia de las mismas. Solo existirá paz entre los hombres, escribe san Agustín, cuando todos y cada uno, se atengan, fielmente al lugar designado para él, por la benevolencia divina. Existe la paz, cuando todos están en su lugar. Por tanto, quien entre vosotros es destinado a mandar cumpla con firmeza y al mismo tiempo con modestia lo propio de su incumbencia; quien debe obedecer obedezca como dice san Bernardo, sencilla y rápidamente, con alegría, siempre.

Introducción

Este breve subsidio ha sido preparado para ayudar en la oración a quienes tienen la intención de participar en la canonización de Juan Bautista Scalabrini. No es un subsidio sólo para quienes viajen a Roma, sino un instrumento también para quienes celebren la canonización en los numerosos lugares donde se recuerda y venera a Scalabrini. Sobre todo, es un instrumento que puede utilizarse también después de la canonización, siempre que la comunidad se reúna para recordar a este gran santo, su amor total por los pequeños y los pobres, su confianza inquebrantable en la oración.

El Santo J.B. Scalabrini fue un hombre de intensa oración, como se desprende de su vida y de sus numerosos escritos sobre el tema. En su última Carta Pastoral a la Diócesis de Piacenza - que puede considerarse su testamento espiritual - habla con alegría del “flujo y reflujo de súplicas e intercesiones” entre los caminantes de la tierra y los que han llegado a la casa del Padre. “Allá arriba se llama alabanza, éxtasis, amor, dicha, felicidad eterna; aquí abajo es un poco de todo esto y se llama oración. Es precisamente de este contacto con la Divinidad de donde el hombre saca una energía sobrehumana” (*Carta pastoral sobre la oración, 1905*).

La auténtica oración, al ponernos en contacto con el Señor, no nos aísla, sino que nos empuja hacia los demás para caminar con ellos. Nos da fuerza y valor para caminar en comunión, ayudándonos a descubrir que la vida es para todos un viaje hacia la verdadera patria. J.B. Scalabrini dice: “Dos grandes cosas admiro en el cielo y en la tierra: en el cielo el poder del Creador, en la tierra el poder de la oración... Todo lo puedo hacer a través de la oración; todo lo puedo hacer en Aquel que, invocado por mí, rezado por mí, me fortalece, me conforta, me consuela... La oración, cuando es humilde, no sólo iguala, sino que supera, casi diría, el propio poder de Dios: Dios es todopoderoso, dice el Profeta, y ¿quién puede resistirse a él? Oración, respondo yo”.

Juan Bautista Scalabrini

Su vida

Horizontes misioneros

Juan Bautista Scalabrini nació el 8 de julio de 1839 en Italia, en Fino Mornasco (Como), a pocos kilómetros de la frontera con Suiza. Ingresó en el seminario a los 18 años y fue ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1863. Su corazón latía por los horizontes misioneros. Por ello, se matriculó en el Instituto de Misiones Extranjeras de Milán, pero el entonces obispo de Como, Giuseppe Marzorati, le llamó para que enseñara en el seminario de S. Abbondio, del que más tarde sería rector.

En la escucha profunda de la realidad

En 1870 fue enviado como párroco a San Bartolomé, una parroquia suburbana donde se estaba produciendo la delicada transición de la fase artesanal a la industrial con las consiguientes transformaciones sociales y económicas. Scalabrini era atento oyente a la realidad que le rodeaba y de muchas maneras transmitió su cercanía y solidaridad a los trabajadores que perdían sus puestos de trabajo debido al incipiente proceso de industrialización. En Como, en esos años, pronunció también 11 conferencias sobre el Concilio Vaticano, que fueron apreciadas por la Santa Sede, y escribió el Pequeño Catecismo para los asilos de infancia. (*Piccolo Catechismo per gli Asili d'Infanzia*).

Un obispo atento a todos

El 30 de enero de 1876, con sólo 36 años, fue consagrado obispo de Piacenza, una diócesis muy extensa que Scalabrini recorrió en cinco visitas pastorales. Se involucró con todas sus fuerzas en los diversos aspectos de la vida de la diócesis, aportando innovación a la formación, la catequesis y la educación. Expresó su cercanía a través de la predicación, las cartas pastorales y numerosas obras de caridad: ¡una actividad muy intensa! Se dedicó incansablemente a los pobres, especialmente durante la hambruna de 1879-1880, en la cual llegó a vender su cáliz y sus caballos. Fundó el Instituto Sordomudas (1879) y la Opera pro mondariso (1903) para la asistencia religiosa, social y sindical de esos emigrantes estacionales. También dedicó su libro El

socialismo y la acción del clero a las cuestiones sociales. Celebró tres sínodos, uno de ellos dedicado íntegramente a la Eucaristía, misterio de comunión, y promovió el primer Congreso Nacional de Catequesis.

Una visión profética de la realidad migratoria

Sea como párroco de San Bartolomé, tanto como durante sus visitas pastorales en la diócesis de Piacenza, Scalabrini se dio cuenta cada vez más de cómo la pobreza llevaba a muchos a emigrar en busca de mejores condiciones de vida. Al pasar por la estación de Milán, su encuentro con los emigrantes que se dirigen a las Américas fue emblemático. Este fenómeno de masas de finales del siglo XIX le afectó mucho. Estudió su dinámica, celebró numerosas conferencias para instar al gobierno y a la sociedad civil a intervenir, y trabajó por una legislación justa. Fundó la Congregación de los Misioneros de San Carlos (1887), las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo (1895) y la Sociedad de San Rafael (1889), una asociación laica activa en los puertos de embarque y desembarque. Por último, recomendó al Papa la creación de una oficina central de la Santa Sede para la atención a los migrantes, de todos los orígenes. Fueron numerosos sus contactos con obispos y personalidades de Italia, Europa y América para encontrar vías favorables a la protección de los migrantes y al reconocimiento de su dignidad humana. Su visión de las migraciones, capaz de reconocer no sólo los problemas sino también las riquezas de este fenómeno, sigue siendo muy actual. El instituto secular de las Misioneras Seculares Scalabrinianas, fundado en 1961 en Suiza, se inspira en él.

El “padre de los emigrantes” proclamado santo

Su extraordinaria actividad como pastor, sus numerosas iniciativas sociales y su hacerse “todo para todos” surgían de una fuerte contemplación, que encontraba su alimento en la Eucaristía, en la aceptación de la cruz (Fac me cruce inebriari – haz que me enamore de la cruz) y en un amor filial a María. Murió el 1 de junio de 1905. Pío XII le llamó “padre de los emigrantes”. El Papa Juan Pablo II lo proclamó beato el 9 de noviembre de 1997. El 21 de mayo de 2022 el Papa Francisco anunció su canonización y el 27 de agosto decretó que aconteciera el 9 de octubre de 2022.

La actualidad de J. B. Scalabrini

Su conmoción

“En Milán, fui espectador de una escena que dejó una impresión de profunda tristeza en mi alma. Al pasar por la estación, vi el amplio vestíbulo invadido por trescientos o cuatrocientos individuos mal vestidos. Eran emigrantes... Me conmovieron”.

En la vida de J.B. Scalabrini, muchas decisiones tienen su origen en un encuentro. En particular, ante el drama de las personas que se ven obligadas a abandonar su país en busca de una vida más digna, no permanece indiferente, sino que se deja conmover por el dolor de los demás. Su testimonio es precioso para nosotros, hombres y mujeres de hoy, que tan fácilmente corremos el riesgo de ser infectados por la “cultura de la indiferencia”.

Su incansable acción

“Ante una situación tan triste, me he preguntado a menudo: ¿cómo puedo remediarlo?”.

La emoción de J.B. Scalabrini no es un sentimiento estéril, una emoción fin a sí misma: genera en él una acción incansable que le lleva a intervenir en múltiples contextos haciéndose “todo para todos”. En particular, Scalabrini comienza a seguir las vicisitudes de los migrantes documentándose, estudiando y sensibilizando. Llamó a los obispos, a los sacerdotes, a los laicos, a la Santa Sede, al gobierno y a todas las personas de buena voluntad a colaborar, porque “la caridad... no conoce partidos”.

Más de un siglo después de su muerte, su legado sigue dando frutos y hoy hay miles de misioneros, misioneras y voluntarios scalabrinianos en todo el mundo que siguen sus pasos y sirven a los últimos de esta tierra, los migrantes y los refugiados.

Su pasión por transmitir la fe

“Trabajar, esforzarse, sacrificarse en todos los sentidos para expandir el Reino de Dios aquí abajo y salvar almas; ponerse, por así decirlo, de rodillas ante el mundo para implorar como una gracia el permiso para hacerle el bien...”.

J.B. Scalabrini es recordado como un obispo dispuesto a ofrecer la

atención de su cuidado pastoral en cualquier situación sin medida. Intuyó la importancia de la educación religiosa, especialmente de los más pequeños: escribió “Il Piccolo catechismo per gli asili d'infanzia” (*El pequeño catecismo para los jardines de infancia*) y en 1876 inauguró la revista mensual “Il Catechista Cattolico” (*El Catequista Católico*). Tres años después del inicio de su episcopado, había 4.000 nuevos catequistas en la diócesis. Asimismo, provocado por las noticias que recibía sobre las dificultades de los emigrantes, sintió la necesidad de apoyar su fe enviando misioneros como compañeros de viaje.

Su pasión sigue viva hoy en sus misioneros y misioneras, miembros de los tres institutos de la Familia Scalabriniana, así como en muchos colaboradores.

Una visión profética de la migración

“...Y, más que nadie, el hombre emigra, ahora en forma colectiva, ahora en forma aislada, pero siempre como instrumento de esa Providencia que preside los destinos humanos y los guía, incluso a través de las catástrofes, hacia la meta, que es la perfección del hombre en la tierra y la gloria de Dios en el cielo”.

El plan de Dios para la humanidad pasa por los acontecimientos de la historia, dándoles un sentido, una nueva dirección. Mirando la realidad con los ojos de la fe, Scalabrini vislumbra esta posibilidad: incluso la realidad de la migración, con todos los trastornos que conlleva, puede convertirse en espacio de encuentro entre la acción de Dios y la respuesta del hombre. A través de la migración, que une a pueblos diferentes, podemos aprender a reconocer que todos pertenecemos a la única familia humana.

De los Escritos De J.B. Scalabrini

No son los milagros y los dones extraordinarios los que hacen a los santos

“A menudo se cree [...] que para alcanzar la santidad hay que distinguirse por dones extraordinarios y hacerse singular por obras luminosas. No, hijos míos, no; [...] Cuando el rico del Evangelio le preguntó a Jesucristo qué tenía que hacer para salvarse, el divino Maestro le respondió sin ambages: Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos: *serva mandata*. La vida cristiana está toda aquí [...]. No todos los santos han hecho obras resonantes, no todos han sido portentos de obras y facultades, no todos han sido admirados por prodigios de conocimiento. Ha habido muchos que, desconocidos para el mundo, no han salido ninguna vez de un estado oculto, y han llevado siempre una vida común. La propia María no destacaba por ningún don extraordinario [...]. Por tanto, no son los milagros y los dones extraordinarios los que hacen a los santos, y a los más grandes santos, sino la virtud” (*Homilía del Día de Todos los Santos, 1898*).

“Hambre y sed” de santidad

“El primer paso o escalón para la santidad es el deseo ardiente y vehemente [...]. No basta un deseo, una decisión ordinaria: se necesita un deseo y una voluntad comparables al hambre y la sed. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados”. La santidad es la verdadera sabiduría, que hay que invocar, desear, buscar como las riquezas, excavar como si fuera un tesoro [...]. Nadie alcanzará nunca la cumbre de la santidad si no la ha anhelado asidua e intensamente” (*Discurso del 2º Sínodo de Piacenza, 1893*).

Jesús Crucificado incorpora la humanidad en sí mismo

“Jesús Crucificado es el centro común [...]; Él es la norma de todo verdadero progreso social, ya que es la única luz verdadera que ilumina a todo hombre y, por tanto, a toda la sociedad [...]. El verdadero progreso [...] no es, en definitiva, otro que Jesucristo; Jesucristo viviendo en el hombre; Jesucristo que incorpora a la

humanidad en sí mismo; Jesucristo que se extiende y se eleva de grado en grado a través de los espacios y de los siglos; Jesucristo centro de toda armonía que se recompone, de toda belleza que se renueva; de toda grandeza que se acrecienta. Todo lo que es verdadero en ti, todo lo que es santo en ti, todo lo que es perfecto en ti, debe salir de Él, para volver a Él, porque Él es el principio y el fin y es el camino que lleva del uno al otro” (*Discurso sobre el Santísimo Crucifijo, 1880*).

Encarnación: pertenecemos y extendemos su Cuerpo en el mundo

“Jesús viene a la tierra para hacernos vivir con su vida, para hacernos uno con él. He venido, dice Él, para que tengan vida y la tengan en abundancia. Ahora bien, esta vida que Jesús viene a comunicarnos uniéndose a nosotros es su propia vida. [...] A través de esta unión el hombre se eleva a una participación en la naturaleza divina y en ella eleva a toda la creación. Todo es tuyo, clama el Apóstol, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea el presente, sea el futuro. Tú, pues, eres de Cristo y Cristo es de Dios [...] Unida al Verbo por la Encarnación, la sagrada humanidad de Jesucristo se ha hecho una en él. Unidos a Jesucristo por una unión menos perfecta, sí, pero más allá de lo íntimo, somos como una extensión de él, le pertenecemos como los miembros pertenecen al cuerpo. Unum corpus sumus in Christo – Formamos en Cristo un solo cuerpo” (*Homilía de Navidad, 1894*).

¿Cómo puede vivir Jesús en nosotros?

“Es necesario que Jesucristo viva en nosotros; es necesario que obre en nosotros continuamente, ya que sólo Él puede reconciliar la tierra con el cielo, ya que sólo Él puede amar a Dios tanto como Él es amable y rendirle el honor que se le debe. Pero ¿cómo puede vivir Jesucristo en nosotros? Lo hemos dicho: por su espíritu: in hoc cognovimus quia in eo manemus et ipse in nobis, quoniam de spiritu suo dedit nobis – en esto conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros, en que nos ha dado de su espíritu (I Juan. IV, 13); y el espíritu de J.C. es un espíritu de humildad, es un espíritu de caridad, es sobre todo un espíritu de abnegación, de sacrificio, de penitencia” (*Carta pastoral para la Cuaresma, 1883*).

El amor nunca dice: basta

“Jesús arde por nosotros con el más ferviente amor y el amor nunca dice: basta. Por nosotros, Jesús vivió una vida de continuas privaciones, no podía esperar de consumirla por nosotros (Lc 12, 50). Y llegó esa hora, llegó la hora del Sacrificio, y vimos la trágica escena de un Dios que muere, y que muere crucificado por el hombre (Rom 5,9). ¿Qué se puede decir o pensar más grande, más admirable como exceso de caridad?” (*Carta Pastoral, 1878*).

Comunión y divinización

“La comunión es la fuente de la que el alma saca el agua que sube a la vida eterna; es el lugar donde se curan sus heridas; [...] si en la encarnación el Verbo de Dios se unió personalmente a la naturaleza humana, en la comunión se une más estrechamente a nuestra personalidad. Así diviniza nuestra esencia, cristianiza, por así decirlo, nuestro ser individual, [...] Jesús a la mente, al corazón, al pecho, a los ojos, a la lengua. [...] Él ama en el corazón, entiende en la mente, infunde vigor en el pecho, ve en los ojos, habla a través de la lengua y mueve todos los demás poderes. Él obra todo en todos, y ya no viven en sí mismos, sino que es la Palabra de Dios la que vive en ellos” (*La devoción al SS. Sacramento, Piacenza, 1902*).

Jesucristo vive en nosotros

“No sólo debemos vivir en Jesucristo, sino que Él mismo debe ser nuestra vida y debe vivir en nosotros. Vivir en nosotros con su espíritu, con su gracia, con la impresión de sus misterios, con la eficacia de sus sacramentos y, sobre todo, con la de su Cuerpo y su Sangre, para que podamos decir con el Apóstol: no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí (Gal 2,20)” (*Carta pastoral, 1878*).

Llamados a vivir la comunión

“Pongan todo su empeño, les digo, con el Apóstol, en conservar la unidad del espíritu en la comunión de la paz, con toda humildad y mansedumbre (porque la soberbia, que no conoce el temor, es contienda y desorden), con paciencia, comportándose los unos con los otros con caridad, porque son un solo cuerpo, un solo espíritu, ya que están llamados a una sola esperanza” (*Homilía de Pentecostés, 1889*).

La oración une a todos

“Quien no reza no tiene alma. O no entiende, o no oye, o no ama [...]. La oración hace al hombre mayor de sí, lo transfigura, lo sublima, lo diviniza [...]. La oración es el vínculo de toda la humanidad [...]. Ella a todos acerca, todo reúne” (*Carta pastoral, 1905*).

Estoy aquí para ser “todo para todos”

“Estoy aquí para traer la paz, para bendecir a sus familias, sus negocios, sus campos, las tumbas de sus muertos. Estoy aquí para hacerme todo para todos: para hablar a los adultos con un corazón lleno de afecto paternal; para invocar el Espíritu Santo sobre las cabezas de los niños en la Confirmación: para consolar a los afligidos, para promover en todo sentido la gloria de Dios y la salvación de las almas” (*Palabras de entrada en una visita pastoral*).

Ponerse de rodillas ante el mundo

“Trabajar, esforzarse, sacrificarse en todos los modos para dilatar en este mundo el reino de Dios y salvar las almas; ponerse, diré así, de rodillas ante el mundo para implorar como una gracia el permiso de hacerle el bien, he aquí la única ambición del obispo. Todo lo que él tiene de poder, de autoridad, de industria, de ingenio, de fuerza, todo lo usa para el más noble propósito” (*Discurso para el jubileo episcopal de Mons. G. Bonomelli, Cremona 1896*).

El buen samaritano

“En la persona de ese posadero sabes que está ordenado: 'Cuida de él, y lo que hayas gastado de más te lo reembolsaré a mi regreso'. Como si dijera: "Te he dado poco; queda a tu criterio añadir el resto". El dinero está ahí: los talentos que se te han dado para cumplir con tu ministerio, para edificar el Cuerpo de Cristo. Trafiquen, trabajen, gasten. Si es necesario, gástense; gasten lo que tienen, gasten para cumplir su ministerio: lleguen hasta el martirio” (*III Sínodo Diocesano, 1900*).

Devoción a San Carlos Borromeo

“¡San Carlos! Es un nombre que el Misionero católico no debería escuchar nunca sin sentirse inflamado por el más noble, por el más

más vivo entusiasmo, sin sentirse profundamente emocionado (...). Mis queridos hijos, refléjense en él, recomiéndense a él, pongan en él toda su confianza y estén seguros de su protección” (*A los misioneros para los italianos en América, 1892*).

Donde está el pueblo, está la Iglesia

“La Iglesia de Jesucristo, no ha olvidado y no olvidará nunca la misión que le fue confiada por Dios de evangelizar a los hijos de la miseria y del trabajo. [...]. Donde está el pueblo que trabaja y sufre, allí está la Iglesia” (*La Emigración Italiana en América, 1887*).

Debemos salir del templo

“Debemos salir del templo [...] si queremos ejercer una acción saludable en el templo. Y también debemos ser hombres de nuestro tiempo [...]. Debemos vivir de la vida del pueblo, acercándonos a él con la prensa, con asociaciones, con los comités, con las sociedades de socorro mutuo, con los Congresos, con los círculos obreros, con los patronatos para la infancia, con obras de beneficencia privada y pública” (*Carta Pastoral, 1891*).

La labor de los sacerdotes no se llevaría a cabo sin tu trabajo

“El trabajo de los sacerdotes no se llevaría a cabo sin su trabajo, oh Venerables Hermanas. Hay cosas que sólo ustedes pueden conseguir. Dios ha infundido en el corazón de la mujer una atracción muy especial, por la que ejerce un poder arcano sobre las mentes y los corazones” (*Notas para el discurso del 19.3.1889*).

Unas palabras también para ustedes, catequistas

“Maestros, instructores, educadores de la juventud, que Nosotros apreciamos en modo singular, una palabra también para ustedes. El problema del porvenir está en sus manos. Tantos se preguntan si al final las cosas mejorarán y no saben qué responder. Sí, respondemos Nosotros, sin temor a equivocarnos, se encaminarán mejor si sus esfuerzos serán dignos de la noble misión que se les ha confiado, si pondrán todo el empeño para que no solo el método de enseñanza sea razonable y serio, sino mucho más para que la misma enseñanza sea sana y plenamente conforme con la fe católica, tanto en las letras como en las ciencias” (*Carta pastoral, 1879*).

Queremos estar unidos en una sola familia

“Queremos ser cristianos de veras, cristianos de fe y de obras. Sacerdotes o laicos, cultos o indoctos, ricos o pobres, queremos unirnos en una sola familia, cada uno a la sombra de nuestro templo y todos casi un solo corazón y una sola alma [...]. Queremos estar unidos entre nosotros como verdaderos hermanos, no sólo en el templo, sino también fuera de él” (IV Adunanza Regionale dell'Opera del Congressi - *Encerramiento de la IV Reunión Regional de la Obra de los Congresos*, 12.6.1897).

O robar o emigrar

“Un excelente hombre y cristiano ejemplar de un pueblito de montaña, adonde algunos años atrás yo me hallaba en visita pastoral, se me presentó para pedir la bendición y un piadoso recuerdo para sí y para los suyos próximos a partir para América. A mis observaciones él opuso este tan simple como doloroso dilema: o robar o emigrar. Robar no debo ni quiero, porque Dios y la ley me lo vedan; ganar aquí el pan para mí y para mis hijos no me es posible. ¿Qué hacer por lo tanto? Emigrar es el único recurso que nos queda... No supe que agregar. Lo bendije emocionado recomendándolo a la protección de Dios, y una vez más me convencí que la emigración es una necesidad que se impone como remedio supremo y heroico al que hay que someterse, como a una dolorosa operación se somete el paciente para evitar la muerte ...” (*La emigración italiana in América*, 1887).

Libertad de emigrar

“Libertad de emigrar, pero no de hacer emigrar, porque tan buena es la migración espontánea, como dañina es la incitada. Buena, si espontánea, porque es una de las grandes leyes providenciales, que presiden a los destinos de los pueblos y a su progreso económico y moral; buena, porque es una válvula de seguridad social; porque abre los floridos senderos de la esperanza, y algunas veces de la riqueza, para los desheredados; [...] eleva los destinos humanos, ampliando el concepto de patria más allá de los confines materiales y políticos, haciendo patria del hombre al mundo” (*El proyecto de ley de la emigración italiana*, 1888).

Por el bienestar religioso y civil de los migrantes

“Todos, hermanos e hijos muy queridos, continúen dando lo mejor todo el ingenio y las fuerzas que poseen para el bienestar religioso, moral y civil de nuestros connacionales y aun empeñándose por mantener vivo en ellos el amor por la madre patria, cuídense de fomentar entre ellos cualquier cosa que pueda separarlos de sus nuevos conciudadanos o desligarlos como sea de los demás fieles” (*A los misioneros para los italianos en las Américas, 1892*).

La Cruz te acompaña

“Les esperan, lo sé, grandes esfuerzos, peligros no pequeños, muchas tribulaciones, luchas y sacrificios continuos, sin embargo, no tengan miedo: los acompaña la Cruz: la Cruz que es la defensa de los humildes [...] La Cruz, que es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, el consuelo del pobre, la prenda de la vida eterna, la fuerza de Dios. No tengan miedo, los acompaña la Cruz” (*Discurso a los misioneros que se van, 24.1.1889*).

La Eucaristía es el centro de la Iglesia

“¿No corre el corazón y habita donde encuentra su tesoro? Cristo en la Eucaristía es para el sacerdote la sabiduría, el consejo, la defensa y la fuerza; la sabiduría que lo ilumina, el consejo que lo dirige, la defensa que lo protege, la fuerza que le hace fácil todo lo difícil [...]. Bienaventurado aquel sacerdote que, interrumpiendo sus ocupaciones, querrá dedicar parte de su tiempo a la adoración asidua de Cristo el Señor y habrá aprendido a dar sabor a su trabajo mediante la conversación amistosa con Cristo (...)

La primera plaga de nuestro siglo es la corrupción del corazón (...). Les corresponde a ustedes dar a conocer a todos la inmensa caridad de Cristo hacia el Padre y hacia todo hombre: sólo esto puede eliminar los males mortales de nuestra época y transformar el trabajo de toda la tierra. El amor, en efecto, impulsa a amar (...).

La segunda plaga de la época es esa cierta hiel de amargura, por la que los hombres no se miran como hermanos, sino como enemigos, y así cada uno busca lo que le conviene y no lo que beneficia al bien común (...). Debemos proponer a toda criatura la divina e infinita paciencia y mansedumbre de Cristo en este sacramento (...).

La tercera plaga de la época es la envidia y el anhelo de superar la posición social en la que cada uno se encuentra (...) olvidando por

completo la patria celestial. De ahí los innumerables males, la infinidad de desplazados y el consiguiente descontento y desencanto de muchos, así como el estado inestable de la sociedad civil, y finalmente una desidia general por las cosas espirituales y divinas. Es evidente que sólo la humildad de Cristo en este sacramento puede remediar este múltiple mal (...).

En conclusión: la Eucaristía es el centro de la Iglesia, el compendio del culto divino, el árbol de la vida plantado en el centro de la Iglesia, cuyas ramas refrescan al pueblo. Y el fermento escondido por la Sabiduría Encarnada en este sacramento (...). Si este fermento se introduce en la Iglesia a través del ministerio de los sacerdotes en los diversos estratos sociales, es decir, en las clases dirigentes, en la juventud y en la sociedad conyugal, hará más juicioso este mundo insípido, reunirá a los pueblos dispersos en el cuerpo único de la Iglesia, y hará constantes en cada obra virtuosa a los que antes permanecían ociosos ante el bien” (*Discurso del III Sínodo, 30.8.1899*).

La obra de Dios en el mundo

“Mientras el mundo se agita deslumbrado por su progreso, mientras el hombre se exalta por sus conquistas sobre la materia y domina como dueño la naturaleza desentrañando el suelo, sometiendo el rayo, mezclando las aguas de los Océanos con el corte de los Istmos, suprimiendo las distancias; mientras los pueblos caen, resurgen y se renuevan; mientras las razas se mezclan, se extienden, se confunden; a través del ruido de nuestras máquinas, por encima de este laborío febril, de todas estas obras gigantescas y no sin ellas, está madurando aquí una obra mucho más vasta, mucho más noble, mucho más sublime: la unión en Dios por Jesucristo de todos los hombres de buena voluntad” (*Discurso para el centenario de Cristóbal Colón, 1. 12.1892*).

Confianza sin límites

“Levantemos nuestro espíritu entre las opresiones; ensanchemos más que nunca nuestros corazones, esperemos; pero nuestra esperanza sea calma y paciente; esperemos; pero sin cansarnos. El siervo fiel que espera a su patrón no falta a su deber porque el patrón demora en venir. Si Dios, en sus adorables designios, tarda en cumplirnos, nosotros redoblemos nuestra confianza, contraponiendo al juicio de los hombres la inefable verdad de las promesas divinas; a la incredulidad del siglo una ilimitada confianza” (*Carta pastoral para la Cuaresma, 1877*).

Salmos del Peregrino*

*Las introducciones y las oraciones finales están tomadas libremente de C.M. Martini

Salmo 121

El peregrino, que descubre su impotencia ante el camino que ha de recorrer, sólo puede ponerse en marcha con la ayuda del Señor, al que dirige su mirada en actitud de oración.

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel.

El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche.

El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre.

Oremos:

“Señor, yo creo que tú nunca fallarás y que incluso cuando nos sentiremos solos, sedientos como en un desierto, Tú, oh, Señor, no nos abandonarás y cual manantial vivo nos darás vigor en cada instante de nuestro camino”.

Salmo 122

La corriente de los peregrinos en camino representa al hombre en marcha, el deseo de Dios, el movimiento de la fe.

Me puse alegre cuando me dijeron:
"¡Vamos a la casa del Señor!"
Ahora nuestros pasos se detienen
delante de tus puertas, Jerusalén.

Jerusalén, edificada cual ciudad
en que todo se funde en la unidad.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor, la asamblea de Israel,
para alabar el Nombre del Señor.

Pues allí están las cortes de justicia,
los ministerios de la casa de David.

Para Jerusalén pidan la paz:
"¡Que vivan tranquilos los que te aman!
¡Que la paz guarde tus muros
y haya seguridad en tus palacios!"

Por mis hermanos y por mis amigos
quiero decir: "¡La paz esté contigo!"
Por la casa del Señor nuestro Dios,
pido para ti la felicidad.

Oremos:

"Dios, Padre nuestro, Tú nos haces entrever el fin de toda la historia, que es Jesucristo resucitado, la Jerusalén celestial, la reunificación de los pueblos, en tu alianza, por la eternidad. Concédenos comprender también las raíces de este movimiento histórico para captar en los comienzos, en las pequeñas realidades cotidianas, lo que ya está presente como prenda de lo que será. Concédenos la esperanza indefectible que nos hace tender hacia ti y nos colma de gozo".

Salmo 123

Los ojos del peregrino desean encontrar la mirada benévola de Dios: esta actitud indica la humildad del saber que uno es dependiente, la disponibilidad a obedecer, pero también la certeza de la ayuda y se transforma por tanto en una invitación al valor y a la generosidad.

A ti he elevado mis ojos,
a ti que habitas en los cielos.

Como los ojos de los siervos
se fijan en la mano de su dueño,
como miran los ojos de una esclava
la mano de su dueña,

así miran nuestros ojos al Señor,
¿nuestro Dios, cuándo tendrá piedad de nosotros?

Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad,
porque estamos saturados de desprecios.
Nuestra alma está colmada
de las burlas de la gente acomodada,
del desprecio de los engreídos.

Oremos:

“Te agradecemos, Señor Jesús, porque estás presente entre nosotros y te pedimos que abras nuestros ojos y nuestro corazón para reconocer lo que somos y cuáles son los obstáculos se interponen en el camino hacia la experiencia profunda de ti y de tu misterio de amor”.

Salmo 125

Debemos confiar en el camino que los justos han recorrido y que han marcado para la santa comunidad y desconfiar de aquellos de los impíos y violentos (Shalen Shabagi, poeta judío).

Los que buscan apoyo en el Señor
se parecen al monte Sion:
inconmovible y estable para siempre.

Jerusalén, los montes la rodean,
así el Señor está en torno a su pueblo
desde ahora y para siempre.

Jamás el cetro impío se impondrá
sobre la parcela de los justos,
no sea que los justos
ensangrienten sus manos en el crimen.

Con los buenos, Señor, pórtate bien,
con los que tienen rectitud de corazón.

Mas a los que son dobles y traidores,
los eche el Señor con los malhechores.
¡Tenga paz Israel!

Oremos:

“Dios nuestro y de nuestros padres, recuérdate de nosotros, de nuestros padres y de Jerusalén tu ciudad y de tu pueblo y concede piedad y misericordia, bendición y paz porque a ti se dirigen nuestros ojos. A ti, Dios de amor y de misericordia. Amén” (*Oración en la sinagoga*).

Salmo 126

El campesino que echa la semilla con confianza representa la capacidad de confiar en la bondad del Señor. En la muerte de la semilla hay una fecundidad invisible que Dios hace florecer.

Cuando el Señor hizo volver
a los cautivos de Sion,
nos parecía estar soñando;
nuestra boca se llenaba de risa
y nuestra lengua de gritos de alegría.

Entonces entre los paganos se decía:
"¡Qué grandes cosas no ha hecho el Señor por ellos!"
Sí, grandes cosas ha hecho el Señor por nosotros,
rebosábamos de gozo.

Haz que vuelvan, Señor, nuestros cautivos,
como riachuelos en tierras áridas.
Los que siembran entre lágrimas
cosecharán entre gritos de alegría.

Se van, se van llorando
los que siembran la semilla,
pero regresarán cantando
trayendo sus gavillas.

Oremos:

“Te ofrecemos, Señor, todas las asperezas y las dificultades del camino. Haz que nosotros logremos intuir en la fe cómo obras tu y cómo Jesucristo está unificando a la humanidad; de qué manera la prueba, el sufrimiento y el dolor pueden transformarse en caminos hacia la comunión, en la gracia de Jesús que en la cruz, junto a María, ofrece su vida por todos los hombres y las mujeres de la tierra”.

Salmo 130

Salmo para el que cae - ¿y quién no cae? - durante el camino de la vida. El que se encuentra en el abismo grita hacia el que escruta los abismos y está sentado sobre los querubines.

Desde el abismo clamo a ti, Señor,
¡Señor, escucha mi voz!
que tus oídos pongan atención
al clamor de mis súplicas!

Señor, si no te olvidas de las faltas,
Adonai, ¿quién podrá subsistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así se te venera.

Espero, Señor, mi alma espera,
confío en tu palabra;
mi alma cuenta con el Señor
más que con la aurora, el centinela.

Como confía en la aurora el centinela,
así Israel confíe en el Señor;
porque junto al Señor está su bondad
y la abundancia de sus liberaciones,
y él liberará a Israel de todas sus culpas.

Oremos:

“Señor, nosotros queremos ofrecerte frutos dignos de penitencia no sólo para nosotros sino por toda la Iglesia, por la humanidad entera, para que nos sintamos corresponsables del camino de conversión de toda la humanidad. ¡Desata nuestros corazones, nuestra lengua y nuestras manos para que podamos conocer lo que realmente es signo de un camino nuevo, lo que constituye un vigoroso paso adelante hacia ti!”.

Salmo 131

En cada punto del camino podemos confiar totalmente en Dios en la intimidad del abandono y del silencio.

Señor, mi corazón no es engreído
ni mis ojos altaneros:
no he tomado un camino de grandezas
ni de prodigios que me superaran.

Al contrario, tranquila y en silencio
he mantenido mi alma
como un niño saciado que se aprieta a su madre;
mi alma en mí nada reclama.

¡Que Israel cuente con el Señor,
desde ahora y para siempre!

Oremos:

“Señor, queremos ofrecerte todo lo que nos intranquiliza, lo que nos pesa, que nos urge, en el ansia de obtener tu paz. Concédenos un corazón humilde, un corazón sereno, un corazón dócil, un corazón pacífico”.

Salmo 133

Este salmo manifiesta el esplendor del vivir juntos: es el canto de la comunión fraterna descubierta en el templo del Señor.

¡Qué bueno y qué tierno es
ver a esos hermanos vivir juntos!

Es como un aceite refinado
que desde su cabeza
desciende hasta la barba,
la barba de Aarón,
hasta el cuello de su túnica.

Es como un rocío del Hermón,
que baja sobre las montañas de Sion.
Allí el Señor otorgó su bendición,
la vida para siempre.

Oremos:

“Señor Jesús, en tu existencia entre nosotros tu no has temido entrar en una historia de familias, de tribus y de pueblos profundamente divididos; no has temido entrar en una humanidad no reconciliada y en discordia. Haz que a través de la humilde reflexión sobre nuestras divisiones y desacuerdos, podamos captar el misterio de la gran reconciliación que realizas en la cruz, que sigues realizando mediante la Iglesia y la Eucaristía, y concédenos que mediante tu gracia seamos instrumentos de reconciliación y de paz”.

Páginas Bíblicas para la Meditación

Acogida: colaborar en el proyecto del Padre

Abraham en las encinas de Mambré (Gn 18, 1-10)

Yahvé se presentó a Abrahán junto a los árboles de Mambré mientras estaba sentado a la entrada de su tienda, a la hora más calurosa del día. Al levantar sus ojos, Abrahán vio a tres hombres que estaban parados a poca distancia. En cuanto los vio, corrió hacia ellos y se postró en tierra, diciendo: “Señor mío, si me haces el favor, te ruego que no pases al lado de tu servidor sin detenerte. Les haré traer un poco de agua para que se laven los pies y descansen bajo estos árboles. Les haré traer un poco de pan para que recuperen sus fuerzas, antes de proseguir su viaje, pues creo que para esto pasaron ustedes por mi casa”. Ellos respondieron: “Haz como has dicho”. Abrahán fue rápidamente a la tienda, donde estaba Sara, y le dijo: “¡De prisa, tres medidas de harina! amásala y haz unas tortas”. Luego él mismo corrió al potrero, tomó un ternero tierno y bueno y se lo entregó a un muchacho para que lo preparara inmediatamente. Después tomó mantequilla, leche y el ternero ya cocinado y se lo presentó a ellos. Él se quedó de pie a su lado, bajo el árbol, mientras comían. Entonces le preguntaron: “¿Dónde está Sara, tu esposa?” Él les respondió: “Está dentro, en la tienda”. El otro le dijo: “Dentro de un año volveré por aquí, y para entonces Sara, tu mujer, tendrá un hijo”.

La viuda de Sarepta (1Re 17, 8-16)

Vino después a él la palabra del Señor, diciendo: “Levántate, ve a Sarepta, que pertenece a Sidón, y quédate allí; he aquí, yo he mandado a una viuda de allí a que te sustente”.

Él se levantó y fue a Sarepta. Cuando llegó a la entrada de la ciudad, he aquí, allí estaba una viuda recogiendo leña, y la llamó y le dijo: “Te ruego que me consigas un poco de agua en un vaso para que yo beba”. Cuando ella iba a conseguirla, la llamó y le dijo: “Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano”. Pero ella respondió: “Vive el Señor tu Dios, que no tengo pan, solo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la vasija y estoy recogiendo unos trozos de leña para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que comamos y muramos”.

Entonces Elías le dijo: “No temas; ve, haz como has dicho, pero primero hazme una pequeña torta de eso y tráemela; después harás para ti y para tu hijo”. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: “No se acabará la harina en la tinaja ni se agotará el aceite en la vasija, hasta el día en que el Señor mande lluvia sobre la faz de la tierra”. Entonces ella fue e hizo conforme a la palabra de Elías, y ella, él y la casa de ella comieron por muchos días. La harina de la tinaja no se acabó ni se agotó el aceite de la vasija, conforme a la palabra que el Señor había hablado por medio de Elías.

La Sunamita (2Re 4, 8-16a)

Un día que Eliseo pasaba por Sunem, una dama lo invitó a comer. Y después, siempre que viajaba a ese pueblo, iba a esa casa a comer. La dama dijo entonces a su marido: “Mira, este hombre que siempre pasa por nuestra casa es un santo varón de Dios. Si quieres le hacemos una pequeña habitación en la terraza, y ponemos en ella una cama, una silla y una lámpara. De esta manera, cuando venga a nosotros, podrá quedarse y descansar”. Un día pasó Eliseo. Se fue a la habitación de la terraza y se acostó. Luego dijo a Guejází, su muchacho: “Llama a la dueña de la casa”. Vino ella a la llamada y se detuvo ante Eliseo, quien le dijo: “Por todo lo que te molestas por nosotros, ¿qué podemos hacer por ti?, ¿quieres que hable por ti al rey o al jefe del ejército?”. Ella respondió: “No me falta nada en este pueblo”. Eliseo dijo entonces a Guejází: “¿Qué podemos hacer por ella?” Respondió el muchacho: “Ella no tiene hijos y su marido ya es viejo”. Eliseo, pues, le dijo: “Llámala”. La llamó el muchacho y la dama se paró en la puerta. Eliseo dijo: “El año próximo, por este tiempo, tendrás un hijo en brazos”.

Un banquete para todos los pueblos (Is 25, 6-8)

“El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares succulentos, un banquete de vinos añejados, de manjares succulentos, medulosos, de vinos añejados, decantados. Él arrancará sobre esta montaña el velo que cubre a todos los pueblos, el paño tendido sobre todas las naciones. Destruirá la Muerte para siempre; el Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros, y borrará sobre toda la tierra el oprobio de su pueblo, porque lo ha dicho él, el Señor”.

Fui forastero y me recibieron en su casa (Mt 25, 35-40)

“Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas y me vistieron. Estuve enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver”. Entonces los justos dirán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o sin ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y te fuimos a ver?” El Rey responderá: “En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí”.

La mujer cananea (Mc 7, 24-30)

Y partiendo de allí, se fue a la región de Tiro, y entrando en una casa quería que nadie lo supiese, pero no logró pasar inadvertido, sino que, en seguida, habiendo oído hablar de él una mujer, cuya hija estaba poseída de un espíritu inmundo, vino y se postró a sus pies. Esta mujer era pagana, sirofenicia de nacimiento, y le rogaba que expulsara de su hija al demonio. Él le decía: “Espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos”. Pero ella le respondió: “Sí, Señor; que también los perritos comen bajo la mesa migajas de los niños”. El, entonces, le dijo: “Por lo que has dicho, vete; el demonio ha salido de tu hija”. Volvió a su casa y encontró que la niña estaba echada en la cama y que el demonio se había ido.

El samaritano (Lc 10, 33-37)

“Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.” ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: “El que practicó la misericordia con él.” Le dijo Jesús: “Vete y haz tú lo mismo.”

No se olviden la hospitalidad (Heb 13, 2)

No olvides la hospitalidad; algunos, practicándola, han acogido a los ángeles sin saberlo.

Practicar la hospitalidad (1 Pe 4, 9-10)

“Sean hospitalarios unos con otros sin murmurar. Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios.”

Itinerancia: traducir a la vida el Misterio Pascual del Hijo “Sal de tu tierra” (Gn 12, 1)

El Señor dijo a Abram: “Sal de tu tierra, de tu parentesco y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”.

“Extranjero y peregrino” (Ex 13, 18.20-22)

“Hizo Dios dar un rodeo al pueblo por el camino del desierto del mar de Suf. Los israelitas salieron bien equipados del país de Egipto. Partieron de Sukkot y acamparon en Etam, al borde del desierto. Yahveh iba al frente de ellos, de día en columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche”.

El extranjero (Lv 19, 33-34)

“Cuando un forastero viva junto a ti, en tu tierra, no lo molestes. Al forastero que viva con ustedes lo mirarán como a uno de ustedes y lo amarás como a ti mismo, pues ustedes también fueron forasteros en Egipto: ¡yo soy Yahvé, tu Dios!”

Camina humildemente ... (Miq 6, 8)

Ya se te ha dicho, hombre, lo que es bueno y lo que el Señor te exige: tan sólo que practiques la justicia, que seas amigo de la bondad y camines humildemente con tu Dios.

La huida a Egipto (Mt 2, 13-14)

Después de marchar los Magos, el Ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para matarlo.” José se levantó; aquella misma noche tomó al niño y a su madre, y partió hacia Egipto, permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes.

Emaús (Lc 24, 28-35)

Al llegar cerca del pueblo al que iban, hizo como que quisiera seguir adelante, pero ellos le insistieron diciendo: “Quédate con nosotros, ya está cayendo la tarde y se termina el día.” Entró, pues, para quedarse con ellos. Y esto sucedió. Mientras estaba en la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, y en ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero ya había desaparecido. Entonces se dijeron el uno al otro: “¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” De inmediato se levantaron y volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once y a los de su grupo. Estos les dijeron: “Es verdad. El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.” Ellos, por su parte, contaron lo sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

La encarnación del Hijo de Dios (Jn 1, 11-14)

“Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les dio capacidad para ser hijos de Dios. Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios. Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único, en él todo era don amoroso y verdad.”

La kénosis de Jesús (Flm 2, 6-11)

“Jesús, siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de servidor, y se hizo semejante a los hombres. Y encontrándose en la condición humana, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte,

y muerte en una cruz. Por eso Dios lo engrandeció y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y entre los muertos, y toda lengua proclame que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

“Se marchó sin saber a dónde iba” (Heb 11, 8-14)

“Por la fe Abrahán, llamado por Dios, obedeció la orden de salir para un país que recibiría en herencia, y partió sin saber adónde iba. La fe hizo que se quedara en la tierra prometida, que todavía no era suya. Allí vivió en tiendas de campaña, lo mismo que Isaac y Jacob, a los que beneficiaba la misma promesa. Pues esperaban la ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe pudo tener un hijo a pesar de su avanzada edad y de que Sara era también estéril, pues tuvo confianza en el que se lo prometía. Por eso de este hombre únicamente, ya casi impotente, nacieron descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo, e innumerables como los granos de arena de las orillas del mar. Todos murieron como creyentes. No habían conseguido lo prometido, pero lo habían visto de lejos y contemplado con gusto, reconociendo que eran extraños y peregrinos en la tierra. Los que así hablan, hacen ver claramente que van en busca de una patria”.

Comunión en la diversidad: acoger la nueva creación del Espíritu

Babel (Gn 11, 1-9)

Todo el mundo tenía un mismo idioma y usaba las mismas expresiones. Pero al emigrar los hombres desde Oriente, encontraron una llanura en la región de Sinear, y se establecieron allí. Entonces se dijeron unos a otros: “Vamos a hacer ladrillos y cocerlos al fuego.” El ladrillo reemplazó la piedra y el alquitrán les sirvió de mezcla. Después dijeron: “Construyamos una ciudad con una torre que llegue hasta el cielo. Así nos haremos famosos, y no nos dispersaremos por todo el mundo.” Yahvé bajó para ver la ciudad y la torre que los hombres estaban levantando, y dijo Yahvé: “Veo que todos forman un solo pueblo y tienen una misma lengua. Si esto va adelante, nada les impedirá desde ahora que consigan todo lo que se propongan.

Pues bien, bajemos y confundamos ahí mismo su lengua, de modo que no se entiendan los unos a los otros.” Así Yahvé los dispersó sobre la superficie de la tierra, y dejaron de construir la ciudad. Por eso se la llamó Babel, porque allí Yahvé confundió el lenguaje de todos los habitantes de la tierra, y desde allí los dispersó Yahvé por toda la tierra.

El encuentro de todas las naciones (Is 66, 18b-20a)

“Ahora vengo a reunir a los paganos de todos los pueblos y de todos los idiomas. Y cuando vengan, serán testigos de mi gloria. Yo haré un prodigio en medio de ellos y, luego, mandaré los sobrevivientes hacia todas las naciones: hacia Tarsis, Lud y Put, Meshek, Tubal y Javan, en una palabra, hacia las tierras lejanas de ultramar que no saben de mi fama ni han visto mi gloria. Ellos darán a conocer mi gloria entre las naciones a lo lejos, y de todos los pueblos traerán a todos tus hermanos dispersos como una ofrenda a Yahvé, a caballo, en carro, en carretas, a lomo de mula o de camello. Me los traerán a mi cerro santo en Jerusalén, igual que los hijos de Israel me traen sus regalos para el templo de Yahvé en vasos puros.”

Permanezcan unidos a mí (Jn 15, 1-8)

“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Toda rama que no da fruto en mí, la corta. Y toda rama que da fruto, la limpia para que dé más fruto. Ustedes ya están limpios gracias a la palabra que les he anunciado, pero permanezcan en mí como yo en ustedes. Una rama no puede producir fruto por sí misma si no permanece unida a la vid; tampoco ustedes pueden producir fruto si no permanecen en mí. Yo soy la vid y ustedes las ramas. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, pero sin mí, no pueden hacer nada. El que no permanece en mí lo tiran y se seca; como a las ramas, que las amontonan, se echan al fuego y se queman. Mientras ustedes permanezcan en mí y mis palabras permanezcan en ustedes, pidan lo que quieran y lo conseguirán. Mi Padre es glorificado cuando ustedes producen abundantes frutos: entonces pasan a ser discípulos míos.”

Pentecostés (Hch 2, 1-12)

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento, que llenó toda la casa donde estaban, y aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y fueron posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que se expresaran. Estaban de paso en Jerusalén judíos piadosos, llegados de todas las naciones que hay bajo el cielo. Y entre el gentío que acudió al oír aquel ruido, cada uno los oía hablar en su propia lengua. Todos quedaron muy desconcertados y se decían, llenos de estupor y admiración: “Pero éstos ¿no son todos galileos? ¡Y miren cómo hablan! Cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa. Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia, Panfilia, Egipto y de la parte de Libia que limita con Cirene. Hay forasteros que vienen de Roma, unos judíos y otros extranjeros, que aceptaron sus creencias, cretenses y árabes. Y todos les oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios”.

La comunidad primitiva (Hch 15, 6-12)

Entonces los apóstoles y los presbíteros se reunieron para tratar este asunto. Después de una acalorada discusión, Pedro se puso en pie y dijo: “Hermanos: ustedes saben cómo Dios intervino en medio de ustedes ya en los primeros días, cuando quiso que los paganos escucharan de mi boca el anuncio del Evangelio y abrazaran la fe. Y Dios, que conoce los corazones, se declaró a favor de ellos, al comunicarles el Espíritu Santo igual que a nosotros. No ha hecho ninguna distinción entre nosotros y ellos, sino que purificó sus corazones por medio de la fe. ¿Quieren ustedes mandar a Dios ahora? ¿Por qué quieren poner sobre el cuello de los discípulos un yugo que nuestros padres no fueron capaces de soportar, ni tampoco nosotros? Según nuestra fe, la gracia del Señor Jesús es la que nos salva, del mismo modo que a ellos.” Toda la asamblea guardó silencio y escucharon a Bernabé y a Pablo, que contaron las señales milagrosas y prodigios que Dios había realizado entre los paganos a través de ellos.

Un solo cuerpo, muchos miembros (Rm 12, 4-5)

“Miren cuántas partes tiene nuestro cuerpo, y es uno, aunque las varias partes no desempeñan la misma función. Así también nosotros formamos un solo cuerpo en Cristo. Dependemos unos de otros”.

Uno solo en Cristo Jesús (Gál 3, 28)

Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús.

Ya no son extranjeros (Ef 2, 19)

Así, pues, ya no son extranjeros ni huéspedes, sino ciudadanos de la ciudad de los santos; ustedes son de la casa de Dios.

Oraciones para Diversas Circunstancias

“Cuando rezamos, es el universo el que reza en nosotros y con nosotros...” (J.B. Scalabrini, *Carta pastoral*, 1905)

Al principio del día

“Mientras permanezcas en Él, te sentirás lleno de energía sobrehumana y el fruto que darás no será más que fructífero y duradero. Todo te será fácil incluso ante las más graves contradicciones” (J.B. Scalabrini, *A los Misioneros para los italianos en las Américas*, 1892).

Señor Jesucristo, presente en medio de nosotros, te adoramos y en ti glorificamos a tu Padre y al nuestro en el Espíritu Santo. Permanece en nosotros y nosotros permaneceremos en ti. Haz que tengamos los mismos sentimientos que había en ti, santifícanos en la verdad, revístenos de tu caridad para mantener unidos en tu amor a los que alimentas con el único Pan celestial. (P. Mario Francesconi, *cs*)

¡Ven, oh, Espíritu Santo!

“Que el Espíritu Santo habite en mí, me gobierne, me conduzca” (J.B. Scalabrini, «Propósitos», 23.2.1901).

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde calor de vida en hielo,
doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.

Invocación al Espíritu Santo

“Mientras el mundo se agita [...]; mientras los pueblos se desarrollan y se renuevan, las razas se mezclan, se extienden o perecen; a través del ruido y por encima de estas innumerables obras y no sin ellas, se realiza una obra mayor, más importante, más sublime: la unión en Dios por medio de su Cristo de todas las almas de buena voluntad” (J.B. Scalabrini, Discurso para el centenario de Cristóbal Colón, 1.12.1892).

Espíritu de sabiduría, que te expresas con gemidos inefables, enséñanos a saborear las cosas de Dios y sostener a los emigrantes, para que no se contenten con las ganancias materiales, sino que conserven el deseo de la alegría que viene de conocerte a Ti, quien eres plenitud de vida.

Espíritu de entendimiento, que penetras en los misterios de Dios y de la vida, ilumina nuestras mentes mientras nos esforzamos por encontrar una respuesta a los grandes porqués; ilumina la búsqueda de los emigrantes y guíanos para acoger la verdad que nos llega a través del amor.

Espíritu de consejo, que eres la plenitud de la sabiduría, guíanos en las opciones de la vida y ayúdanos a optar por los valores de tu Reino y ayuda a la sociedad a reconocer la valiosa contribución de los inmigrantes.

Espíritu de fortaleza, que eres la fuerza de Dios disponible para todos los que la piden humildemente, socorre a los emigrantes que se encuentran a merced de las olas o agotados en el desierto, y a los que les ayudan, para que nunca se cansen.

Espíritu de ciencia, para quien nada es desconocido, enséñanos a buscar la verdad, a compartir el conocimiento que nasce de la vida, y a rehuir la superficialidad, respetando a quienes lo han arriesgado todo.

Espíritu de piedad, enséñanos a orar. Enséñanos a vivir siempre en presencia de Dios, haznos compasivos con los excluidos y descartados, anima la oración de los emigrantes y hazlos capaces de

compasión.

Espíritu del temor de Dios, que contemplas siempre la majestad del Altísimo, manténnos en nuestro lugar, sin desear cosas más grandes que nosotros mismos, recuérdanos nuestra fragilidad y nuestra debilidad; recuérdanos que Dios escucha el clamor de los emigrantes y vendrá a rescatarlos.

Oremos:

Espíritu Santo, Espíritu de amor,
Tú que guías la historia y de manera misteriosa
preparas el encuentro de todos en Cristo,
Tú que no te dejas influir por las fronteras y las barreras
que las naciones han dibujado para dividirse,
Tú que acompañas los pasos de los emigrantes
que cruzan las fronteras para encontrarse,
danos la plenitud de vida que todos buscamos
y la capacidad de compartir
la abundancia de amor que hemos recibido. Amén

Oración a la Virgen de los Migrantes

“Los acontecimientos de la vida de María son paralelos a la vida de la Iglesia.... La huida a Egipto marca el primer paso de la evangelización de los gentiles: es María quien saca a Cristo de Israel” (J.B. Scalabrini, Homilía de la Asunción, 1882).

Virgen Santísima, que acompañas en los caminos del mundo los que abandonan su patria en busca de trabajo y dignidad.

Tú que conociste las pruebas del exilio

mira con lástima nuestra situación

y bendice a los que nos aceptan

como hermanos y hermanas en nuestra nueva patria.

Protege a los que emigran obligados por la necesidad y los que se unen al esfuerzo común del trabajo.

Consuelo de los afligidos y ayuda de los cristianos,

muéstrate como madre amorosa de aquellos

que se ven obligados a vivir lejos de su patria,

que se sacrifican por sus familias

y que a menudo no encuentran quienes comprendan sus penas, o los

apoyen en los momentos de desánimo.
 Con el consuelo de tu misericordia,
 con tu intercesión y protección maternal, oh, María,
 los migrantes podemos caminar juntos,
 con nuestras familias que sufren
 en la fe, la esperanza, la caridad y el santo temor de Dios.
 Haz que, fieles a Jesucristo y a su Iglesia,
 aceptando la voluntad de Dios
 podamos disfrutar de los frutos de la justicia cristiana, merezcamos
 la paz en nuestros días
 y la alegría perfecta en la eternidad. Así sea.

(Pp. Pío XII)

Letanía a María, socorro de los Migrantes

“¿Qué amor puede ser más tierno y más eficaz que el que nos trae María? María es nuestra Madre [...]. Luz, fuerza, perdón, consuelo, protección, salud: todo lo que podemos pedir y esperar de nuestra Madre del Cielo”
 (J.B. Scalabrini, Discurso para la coronación de Nuestra Señora de la Consolación de Bedonia, 7.7.1889).

Kyrie eleison	Kyrie eleison
Christe eleison	Christe eleison
Kyrie eleison	Kyrie eleison
Santa María, Madre de Dios	Ruega por nosotros
Santa María, en visita a Isabel	Ruega por nosotros
Santa María, en camino hacia Belén	Ruega por nosotros
Esposa de José, huyendo a Egipto	Ruega por nosotros
Esposa de José, de regreso a la casa	Ruega por nosotros
Madre de Jesús, peregrina a Jerusalén	Ruega por nosotros
Madre de Jesús, buscando a su hijo	Ruega por nosotros
Madre de Jesús en las bodas de Caná	Ruega por nosotros
Discípula de Jesús por los caminos de Galilea	Ruega por nosotros
Madre de Jesús, de pie bajo la cruz	Ruega por nosotros
Madre de la Iglesia, en comunión con los Apóstoles	Ruega por nosotros
Esperanza de los que dejan su patria	Ruega por nosotros
Confianza de los solicitantes de asilo	Ruega por nosotros
Apoyo a los desplazados	Ruega por nosotros
Ayuda de los migrantes	Ruega por nosotros
Estrella de los que cruzan el mar	Ruega por nosotros

Refresco para los que caminan en el desierto	<i>Ruega por nosotros</i>
Consuelo para los rechazados en la frontera	<i>Ruega por nosotros</i>
Alivio para los desanimados	<i>Ruega por nosotros</i>
Consuelo para los que se reúnen con la familia	<i>Ruega por nosotros</i>
Fuerza para los que buscan más dignidad	<i>Ruega por nosotros</i>
Fuerza de los que luchan contra la discriminación	<i>Ruega por nosotros</i>
Defensa contra la xenofobia	<i>Ruega por nosotros</i>
Escudo contra el racismo	<i>Ruega por nosotros</i>
Refugio para las víctimas de la trata de personas	<i>Ruega por nosotros</i>
El fuego de los que luchan por la justicia	<i>Ruega por nosotros</i>
Guía para los que buscan el encuentro	<i>Ruega por nosotros</i>
Ayuda de los que se han perdido	<i>Ruega por nosotros</i>
Guardián de las promesas de los consagrado	<i>Ruega por nosotros</i>
Compañera de viaje de los misioneros	<i>Ruega por nosotros</i>
Reina de la paz	<i>Ruega por nosotros</i>
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo	<i>Perdónanos Señor</i>
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo	<i>Escúchanos Señor</i>
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo	<i>Ten piedad de nosotros</i>

Oración al Señor de la mies

“Ante la oración Dios no quiere, no sabe, no puede resistir mucho tiempo”
(J.B. Scalabrini, Carta pastoral, 1905).

Padre bueno, que guías a tu pueblo con amor y fuerza
y hacer surgir en todo tiempo y lugar
hombres y mujeres
que sepan entregarse enteramente a Ti y a sus hermanos,
despierta en el corazón de tantos jóvenes
el deseo, la voluntad y la voluntad
de seguirte de cerca durante toda su vida.

Con insistencia y confianza te pedimos
que despiertes y llenes los corazones y las mentes
de los que has llamado,
para que tu invitación encuentre un terreno bueno y fértil.
Da de nuevo, Señor de la mies,
alegría y perseverancia
a los que ya han respondido a su llamada.

A María, discípula fiel,
modelo y apoyo de todos los llamados,
confiamos esta oración nuestra
para que interceda ante Jesús, su Hijo,
fuente, motivo y recompensa de toda vocación. Amén.

Oración a San José por los emigrantes

“Creo que la siguiente máxima encierra una gran sabiduría: permanecer en perfecta tranquilidad sobre todo lo que ocurre por disposición divina, no sólo respecto a uno mismo, sino también respecto a la Iglesia, trabajando para la Iglesia según la llamada divina” (J.B. Scalabrini, Carta a G. Bonomelli, enero de 1886).

San José,
Tú que has experimentado el sufrimiento
de los que deben huir
Tú que te has visto obligado a huir
para salvar la vida de los seres queridos,
protege a todos los que huyen
a causa de la guerra, el odio, el hambre.
Sostenlos en sus dificultades,
 fortalécelos en la esperanza
y haz que encuentren acogida y solidaridad.
Guía sus pasos y abre los corazones
de quienes pueden ayudarlos. Amén.
(Papa Francisco)

Oración para todos los pueblos

“Es la fe la que nos hace considerar a todos los hombres como hermanos. Es la fe la que en todos los acontecimientos de aquí abajo, felices o tristes, nos hace ver la mano misericordiosa de Dios, que todo lo dispone para nuestro bien” (J.B. Scalabrini, Homilía de la Epifanía, 1898)

Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos
con la misma dignidad,
infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal.
Inspíranos un sueño de reencuentro,

de diálogo, de justicia y de paz.
Impúlsanos a crear sociedades más sanas
y un mundo más digno, sin hambre, sin pobreza,
sin violencia, sin guerras.
Que nuestro corazón se abra
a todos los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza
que sembraste en cada uno, para estrechar lazos de unidad,
de proyectos comunes, de esperanzas compartidas. Amén.
(Papa Francesco, *Fratelli tutti*)

Oración cristiana ecuménica

La Iglesia es una familia. Ahora todos los miembros de una familia están unidos entre ellos en forma semejante. El más débil se apoya al más fuerte y el más fuerte protege al más débil. El nombre, la fortuna, la salud de uno se difunden sobre todos y forman como una reserva común. [...] Cuando un miembro sufre, todos los demás sufren con él; cuando uno se alegra, todos los demás se alegran con él. Así la familia humana es, como el cuerpo humano, un intercambio de servicios y de funciones recíprocas, en mutuo vínculo de amor. (J.B. Scalabrini, Homilía del día de Todos los Santos, 1897).

Dios nuestro, Trinidad de amor,
desde la fuerza comunitaria de tu intimidad divina
derrama en nosotros el río del amor fraterno.
Danos ese amor que se reflejaba en los gestos de Jesús,
en su familia de Nazaret y en la primera comunidad cristiana.
Concede a los cristianos que vivamos el Evangelio
y podamos reconocer a Cristo en cada ser humano,
para verlo crucificado en las angustias
de los abandonados y olvidados de este mundo
y resucitado en cada hermano que se levanta.
Ven, Espíritu Santo, muéstranos tu hermosura reflejada
en todos los pueblos de la tierra,
para descubrir que todos son importantes,
que todos son necesarios, que son rostros diferentes
de la misma humanidad que amas. Amén.
(Papa Francesco, *Fratelli tutti*)

Salmo Scalabriniano

“Cuántos acontecimientos del mundo nos parecen casos fortuitos y, sin embargo, son disposiciones preparadas por Dios, que cuando menos lo pensamos aterriza y derriba todos los castillos en el aire de los hombres, que se creían eternos [...] Dios conoce el momento de construir y el momento de destruir; y a su debido tiempo construye y destruye” (J.B. Scalabrini, Discurso para el Jubileo Sacerdotal de León XIII, 1887)

Dios de Israel, que lo has liberado de la esclavitud,
acompañado bajo una nube y conducido con la columna de fuego,
permanece cerca de los que en el desierto buscan un oasis seguro.

Dios de Israel, que lo trajiste de vuelta del exilio,
nivelando montañas y valles, y le devolviste la ley y la palabra,
permanece cerca de los que buscan un lugar
que puede llamar hogar.

Dios del Nazareno, que le acompañaste en su huida,
lo guiaste por los caminos de Galilea y luego lo llevaste a la cruz,
quédate cerca de los que llevan la cruz en una tierra extranjera.

Dios de nuestra historia, que conmoviste a Scalabrini
y le hiciste comenzar un viaje que todavía continúa,
permanece cerca de los que están en el camino
para seguir sus pasos.

No te alejaste cuando nos faltaba fidelidad,
cuando las promesas se volvieron breves,
cuando el ritmo se volvió lento,
permaneces cerca de los que están cansados de irse y emigrar.

Has liderado la recuperación dando esperanza a los jóvenes,
empujando el horizonte hacia atrás,
pidiendo un compromiso para siempre.
Quédate cerca de los que se entregan con confianza para el Reino.
Has abierto nuestra visión a fronteras inexploradas,
desde América hasta Australia, de Europa a África y Asia.
Quédate cerca de los que escuchan tu invitación a ir.

Nos llamas hoy a reconocerte
entre los que son rechazados a las fronteras,
entre los que tantean en la playa,
y entre los que pasan y luego esperan.
Quédate cerca de los que persiguen
el último aliento de esperanza.

Nos llamas a dar testimonio de fidelidad a nuestros orígenes,
la responsabilidad hacia el presente, la creatividad de tu amor.
Mantente cerca de los que creen que vale la pena responder.

Te damos las gracias por San Juan Bautista Scalabrini,
y su pasión por Tu Palabra, su capacidad de entregarse a todos,
su compasión por los inmigrantes.
Quédate cerca de los discípulos que pisan sus pasos.
Te agradecemos la historia que escribiste con nuestros padres.

Haznos instrumentos de la historia que fluye en nuestros días.
Quédate cerca de esta familia que camina en la humildad.

Credo Scalabriniano

“¡Fe! Es la que nos acerca a Dios y nos descubre sus misterios; es la que ilumina y sublima nuestra razón, es la que ennoblece nuestros afectos, es la que infunde en nuestras almas el bálsamo de los consuelos celestiales, el valor y la fuerza para sostener las luchas de la vida. ¿Qué sería del hombre sin la fe?” (J.B. Scalabrini, Homilía de la Epifanía, 1898).

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso
Creador del cielo y de la tierra,
de todas las cosas visibles e invisibles.
Creo en el Padre de todos los hombres,
que ama derramar la abundancia de sus dones
los ha derramado entre los inmigrantes,
especialmente los más pobres:
futuro para la Iglesia y el mundo.

Creo en Jesucristo, Hijo de Dios,

Palabra que ha puesto su tienda en medio de nosotros,
enviado por el Padre como peregrino y emigrante
para salvar a la humanidad.

Creo en la presencia viva de Jesucristo
en medio de nosotros y en el servicio misionero
en el mundo de los migrantes.

Creo en Jesucristo que nos santifica
para ser una presencia profética y eficaz
en el lugar de nuestro mandato misionero en la Iglesia.
Creo en el poder de la Eucaristía
que nos fortalece en el camino.

Creo en el Espíritu Santo,
Espíritu de libertad y creatividad,
regalo ofrecido a todos,
creador de comunión y fraternidad
en el respeto de la preciosa identidad de cada uno.

Creo en la Iglesia Católica
hecha de todos y para todos,
una Iglesia que se deja provocar por el migrante
que le recuerda que no tiene una ciudad estable aquí
sino que está en busca de una futura.
Creo en una Iglesia que también renuncia a su manto
y que está feliz de ir más de una milla
con creyentes de otras religiones
para la realización del sueño de Dios:
un mundo más justo y fraternal,
esperando los nuevos cielos y la nueva tierra. Amén

Oración de agradecimiento

“Un número casi infinito de todo tipo de personas se hicieron santas antes que nosotros. Lo que ellos hicieron, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros?” (J.B. Scalabrini, Homilía del Día de Todos los Santos, 1878)

C. Elevemos nuestro sincero agradecimiento a Dios, nuestro Padre,
por permitirnos encontrar en el camino a su fiel servidor, el obispo
Juan Bautista Scalabrini.

- Gracias, Señor, porque tu apóstol J.B. Scalabrini, como auténtico hombre de fe y de oración, nos enseña a ponerte por encima de todas las preocupaciones y a cumplir siempre Tu divina voluntad.

Te agradecemos, Señor

- Gracias, Señor, porque tu apóstol J.B. Scalabrini, como hombre de caridad heroica e ilimitada, nos enseña a entregar nuestra vida al servicio de los migrantes, especialmente de los más necesitados de tu amor y del nuestro.

- Gracias, Señor, porque tu apóstol J.B. Scalabrini inspira a misioneros y misioneras, religiosos y laicos, a gastar su vida al servicio de los migrantes y a hablarnos de Ti y de tu proyecto de comunión y de amor con su anuncio y el testimonio de su vida.

- Gracias, Señor, porque tu apóstol J.B. Scalabrini nos enseña a vivir la catolicidad de la Iglesia, donde los fieles de todas las lenguas, culturas y etnias se sienten parte viva de tu proyecto de amor, hijos del mismo Padre, unidos en comunión fraterna.

- Gracias, Señor, porque tu apóstol J.B. Scalabrini nos enseña a escuchar el grito de los migrantes que piden justicia y amor, y nos exhorta a ser ministros de comunión y profetas de la acogida mutua.

- Gracias, Señor, porque tu Apóstol J.B. Scalabrini nos recuerda que nuestra ciudad permanente no está aquí, sino que debemos luchar constantemente por la patria futura.

- Gracias, Señor, porque tu Apóstol J.B. Scalabrini nos enseña, como pueblo en camino hacia “los cielos nuevos y la tierra nueva”, a dirigir nuestra mirada a Aquella que es para nosotros “signo de esperanza y consuelo seguros” y a pedir su protección como Madre.

Pedido de Perdón

“Es aquí, frente a esa hostia de perdón y de paz, donde sentimos que se apacigua el tumulto de los afectos terrenales, se temple la solicitud por las cosas del mundo, se debilita el orgullo, se despierta el amor y la compasión por el prójimo, se excita el concurso de las obras santas y el deseo de una vida mejor” (J.B. Scalabrini, Per l'inaugurazione del Tempio del Carmine in Piacenza, 17.2.1884).

C. Todos somos migrantes, todos somos extranjeros en camino hacia la verdadera patria, todos comprometidos a vivir la comunión y la

fraternidad. Pero en el camino tenemos la tentación de cerrarnos en nuestra indiferencia.

- Por todas las veces que no hemos prestado atención a nuestros compañeros de viaje y no hemos buscado Tu semblanza en los rostros de los refugiados y migrantes; por todas las veces que nos hemos encerrado en nosotros mismos y no hemos estado atentos al grito de los emigrantes y refugiados, de los hijos de la miseria y del trabajo

Señor, Ten piedad de nosotros

- Por todas las veces que nos hemos preocupado sólo de nuestros propios proyectos y aspiraciones y hemos descuidado las esperanzas y los proyectos de vida de los migrantes que llamaban a nuestras puertas; por todas las veces que nuestras parroquias y grupos eclesiales se han encerrado en sí mismos y no han dejado espacio a los recién llegados.

- Por todas las veces que el Estado no ha promulgado leyes justas a favor de los inmigrantes y no hemos presionado a nuestros representantes políticos para que respeten los derechos de todos; por todas las veces que hemos permitido que circulen libremente los prejuicios o las formas de racismo hacia quienes tienen una lengua y una cultura diferentes a las nuestras.

- Por todas las veces que hemos permitido la explotación de los migrantes y no hemos defendido el derecho de todos a un hogar, a una educación para sus hijos que respete la cultura original de sus padres, a la libertad de la práctica religiosa; por todas las veces que no hemos escuchado tu voz, Señor, mostrándonos que la única manera de vivir como discípulos es la práctica de la acogida y la hospitalidad.

Oración de los cristianos al Espíritu Santo

“Queremos ser verdaderos cristianos, cristianos de fe y de obras” (J.B. Scalabrini, Clausura de la 4ª Reunión Regional de la Opera dei Congressi, 12.6.1897).

Ven, Espíritu Santo, Espíritu de amor y de paz,
Espíritu de solidaridad y fraternidad:
abre nuestros corazones para escuchar la palabra de Dios

y haz que nuestras manos estén listas para hacer el bien.
Ven, Espíritu Santo, Espíritu de justicia y libertad,
Espíritu de reconciliación y unidad: guía nuestros pasos tras Jesús y
haz de la humanidad una familia unida en el amor. Amén.
(*“Catechisti parrocchiali” - Dossier*)

Oración de los jóvenes por el don de la verdadera amistad

“Los cristianos no forman verdaderamente la casa de Dios sino cuando están estrechamente unidos con los lazos de la caridad [...] La caridad da solidez y elasticidad al corazón humano llenándolo de fuerza, compasión y misericordia” (J.B. Scalabrini, Discurso para la inauguración del Templo Cármine de Piacenza, 1884).

Jesús, de tu amistad con el Padre
nació tu amor por nosotros.
Enséñanos a ser solícitos con los demás,
para rezar unos por otros,
para sentir la humillación del otro como propia,
a alegrarnos de la alegría de los demás,
a llorar con los que lloran,
para consolar a los desesperados.
Acompáñanos en el camino
de la purificación de nuestros corazones,
para que podamos dar de nosotros mismos generosamente, llevando
las cargas de los demás.
Te pedimos todo esto porque nos has elegido
y nos has llamado para una misión: el amor. Amén.
(*Tomado libremente de un subsidio para la oración - Diócesis de Trapani*)

Triduo/Novena a San Juan Bautista Scalabrini

Invocaciones a la Santísima Trinidad

Padre y Creador, que pusiste en el corazón del santo Scalabrini el sueño de ver cumplido tu plan de reunir a todos en Cristo, bendice nuestra vida y nuestro trabajo.

Gloria al Padre...

Hijo Redentor, que fuiste el centro de los pensamientos y planes del santo Scalabrini y lo impulsaste a hacerse todo para todos, ten piedad de nosotros.

Gloria al Padre...

Espíritu Santificador, que despertaste en el santo Scalabrini el amor por los más pobres y la pasión por los emigrantes, santifica a los que se ponen al servicio de los demás.

Gloria al Padre...

Santísima Trinidad, misterio de comunión
por intercesión de San Scalabrini
concédenos la gracia que con confianza imploramos.

Gloria al Padre...

Letanía al santo Scalabrini

San Juan Bautista Scalabrini
Fiel Obispo de la Iglesia
Apóstol del catecismo
Padre de los migrantes
Totalmente entregado a la Eucaristía
Discípulo apasionado de Jesús Crucificado
Hijo lleno de confianza en María
Valiente testigo del Evangelio
Administrador de San Carlos
Pastor fraterno de sus sacerdotes

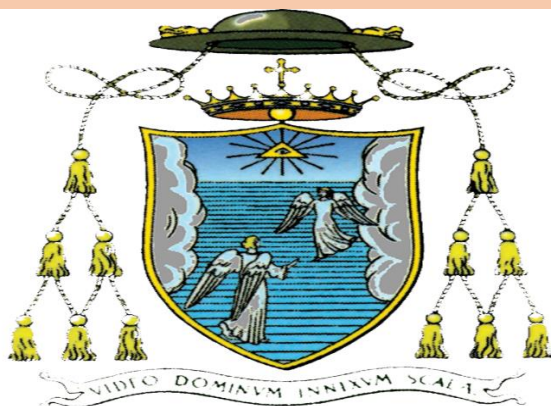
[illegible]

Confiado en la fuerza de la oración
Generoso en la ayuda de los pobres
Convencido asertor de la conciliación
Fautor clarividente del diálogo
Prodigio de ayuda y perdón
Seguro de la ayuda de la Providencia
Hombre humilde y reacio a los honores
Misionero valiente y entusiasta
Ejemplo de sacrificio y dedicación
Cuidadoso en hacerse todo para todos
Modelo de fe, esperanza y caridad

*Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros
Ruega por nosotros*

Oración a San Juan Bautista Scalabrini

Oh, San Juan Bautista Scalabrini,
con el corazón del obispo y el ardor del apóstol
te hiciste todo para todos.
Escuchaste el clamor de los migrantes,
hablaste en su nombre, defendiste sus derechos.
La Eucaristía fue tu fortaleza,
la cruz de Cristo tu amparo,
en María, Madre de la Iglesia, encontraste tu consuelo.
Por tu intercesión,
Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo,
conceda la paz a toda la humanidad,
proteja a quienes atraviesan mares y fronteras
sostenidos por la esperanza,
bendiga a nosotros y a nuestros seres queridos
y nos conceda la gracia que con confianza
encomendamos a tu corazón de padre. Amén.



**Presencia de los Misioneros de San Carlos – Scalabrinianos
en Colombia, Venezuela, Ecuador**

Seminario Propedéutico y Filosofía

Calle 56Bis #35-47 b. Nicolás Federmán, Bogotá
Tel. (601) 315 7471

Seminario de Teología

Carrera 19ª #151-65 b. Las Margaritas, Bogotá
Tel. (601) 258 0205

Parroquia María Reina

Calle 22d #17-33 b. Santa Fe, Bogotá
Tel. (601) 927 2714

CIAMI Scalabrini

Calle 22ª #17-42 b. Santa Fe, Bogotá
Tel. (601) 937 2328

Hogar de Paso Buen Samaritano

Carrera 6 # 1-81 b. Los Ángeles, Ipiales, Nariño

Centro de Migración Scalabrinianos

Calle 3ª Nte., 4159, Cúcuta
Tel. (607) 573 5533

Misión Católica Italiana Ntra. Sra. De Pompeya

Av. San Miguel 20-22 Urb. Ávila, Caracas

Parroquia Santísima Trinidad

Leonidas Proaño – Monte Cristi, Manta
Tel. (593) 257 8023

Parroquia Santa Ana

Calle Barney Morgan #1, Gualeay, Santo Domingo
Tel. (809) 684 5322